

Catequesis para niños y niñas con motivo de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado

Presentación

Celebramos este año la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado bajo el lema «Iglesia sin fronteras, Madre de todos».

Tenemos la preciosa oportunidad de presentar a los niños y niñas algunos de los rasgos más característicos de la Iglesia; la catolicidad como nota que la distingue, la maternidad, la apertura, la acogida, la alegría...

Aprovechemos el tiempo de la catequesis para ayudarles a tomar una viva conciencia de ello, para que aprendan y experimenten que también son Iglesia y su corazón tampoco debe tener fronteras frente al hermano que llega de otra cultura u otro país.

Objetivos

1. Comprender que la Iglesia es católica, es decir, que somos una gran familia sin distinciones.
2. Celebrar que la Iglesia es Madre.
3. Vivir pequeños gestos de “común-uniión”.
4. Orar con el corazón inundado de rostros de hermanos.

Contenidos

Podemos servirnos del tema 25, «**Sois Pueblo de Dios**», del catecismo *Testigos del Señor*, para explicar como «la Iglesia desde los inicios, bajo el impulso del Espíritu Santo, está formada por hombres y mujeres de diversas naciones que acogen la fe. Los Apóstoles fundaron Iglesias y pusieron al frente de las mismas a algunos hombres, para que les sucedieran en la misión que ellos mismo habían recibido del Señor.

Tanto los primeros discípulos como los de hoy tenemos la certeza de que, gracias al Espíritu, Jesús resucitado permanece en medio de nosotros.

La Iglesia de Jesucristo responde generosamente al urgente mandato del Señor de anunciar el Evangelio por todos los rincones del mundo; ha sido, es y será siempre misionera.

De aquí nace una de las características de la Iglesia: es católica porque ha sido establecida por Jesucristo, para que hasta el fin del mundo lleve la salvación a todos los hombres, de todos los pueblos y de todas las culturas; y porque profesa, enseña y comunica toda la verdad de Jesucristo» (cf. *Testigos del Señor*, pp. 157-158).

La Iglesia no tiene fronteras, la Iglesia está abierta a todos los hombres. La gran dignidad que toda persona posee por el hecho de ser persona es lo que la Iglesia siempre enseña, protege y defiende sin importar la raza, la lengua, la cultura, la nacionalidad. Toda persona que se acerca a la Iglesia ha de sentirse acogida, respetada, acompañada, como un miembro más de la gran familia de los hijos de Dios.

Es cierto que en ocasiones las personas decimos y hacemos cosas que dificultan el trato, la ayuda, la acogida... No olvidemos que nuestro corazón está herido por el pecado. Pero hemos de inculcar a los niños la bondad y el bien que supone respetar la diversidad, saber acoger a toda persona por su grandeza y dignidad, valorar e intentar paliar el sufrimiento del inmigrante... Es bueno fomentar entre ellos la empatía, ayudarles a reflexionar sobre lo mal que lo estarán pasando en su país para buscar otro lugar mejor aunque sea dejándolo todo, arriesgando hasta la propia vida.

La Iglesia es madre, y nosotros somos Iglesia. Podríamos destacar muchos rasgos de esta maternidad de la Iglesia pero nos vamos a centrar en la ternura, la misericordia, la acogida... En esa mano tendida que nunca rechaza, sino que sostiene y acompaña, que abraza a cada hombre y a cada mujer sin importarle su país de origen.

Texto bíblico

Mateo 25, 34-46, parábola del juicio final: «Venid vosotros, benditos de mi Padre, (...) porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis (...). Lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

Recursos

EL SUEÑO DE “PELI”

Nicolas es un niño pelirrojo que es conocido por todos con el nombre de “Peli”.

Peli es alegre, inteligente, servicial; se puede decir que solo tiene un defecto, no le gustan los niños y niñas que vienen de otros países. Ha oído a algunos adultos comentarios que le hacen pensar que los que llegan de otros países son como nuestros “enemigos”, y por ello no le son simpáticos, siempre se muestra receloso con ellos.



Una noche tuvo un sueño. Peli soñó que llegaba a su casa después del colegio y no podía entrar. En la puerta había unos señores uniformados que le pedían unos papeles que certificaran que él vivía en esa casa y que los que vivían allí eran sus padres...; por más que intentaba explicarse nadie parecía entenderle.

Un poco asustado se marchó hacia el parque, a esperar un rato, a ver si aquello pasaba. Cual fue su sorpresa al ver que en la puerta del parque también había unos guardias armados; a quienes dejaban pasar llevaban una especie de libro en la mano.

Se marchó rápidamente hacia la puerta de atrás de su casa. Nada, lo mismo. Entonces, intentó saltar la valla, esa valla que ya había saltado más de una vez y de dos, aunque con gran esfuerzo. Por fin lo consiguió, pero nada más caer al suelo llegó un guardia y lo sacó fuera, sin darle tiempo para más explicaciones.

Estaba un poco angustiado; las personas con las que se encontraba parecían ver como normal todo lo que estaba pasando. Se dirigió al colegio, pues acababa de salir de allí y no había visto nada raro, quizá aquel lugar no estaba invadido por guardias que pedían papeles, explicaciones y libritos.

La imagen del colegio era aún más desoladora, estaba todo muy controlado, los guardias pedían papeles que certificasen los estudios, altas calificaciones... Muchos compañeros de Peli estaban fuera, sin poder pasar.

Así que Peli, como último recurso, pensó en ir a la parroquia; no sabía qué se iba a encontrar, pero no tenía otro sitio dónde ir.

¡Sorpresa! Allí no había guardias, sino todo lo contrario, las puertas estaban abiertas, todo estaba iluminado por una gran luz que brotaba de una gran vela que estaba en el centro de la Iglesia, y se escuchaban cantos de alegría. Corrió para entrar. Aquel lugar no tenía fronteras: había adultos, jóvenes, niños, de distintos países, lenguas, culturas... Peli estaba boquiabierto, no salía de su sorpresa, cuando de repente sintió un abrazo grande y se despertó.

—Pero Nicolás, ¿qué te ha pasado? ¡Estás sudando! —le dijo su madre.

—Sí, tuve una pesadilla —afirmó mientras se agarraba a sus brazos, necesitando sentir el cariño de su madre después de una noche tan “especial”.

Para trabajar el cuento:

Sería bueno explicar en primer lugar qué es una frontera. Podemos hacerlo con estas o similares palabras.

Frontera es ese objeto en forma de alambrada, señal, conjunto de coches, muro, acompañado normalmente de personas que indican que hay una diferencia entre el lugar donde estás y el lugar al que quieres pasar. Para poder dar ese paso hay que cumplir unos requisitos de papeles, de autorizaciones, etc., que, a veces, para algunas personas son muy difíciles de cumplir. Si consigues pasar la frontera sin cumplir los requisitos te arriesgas a que te metan en la cárcel, a que te obliguen a volver a tu país, etc.

Dialogamos e informamos a los niños, según las edades, de las dificultades que muchas personas viven en sus países de origen. Son tales que se ven obligados a buscar otro país donde poder vivir mejor, encontrar un trabajo, tener seguridad frente a pandillas que matan o que enganchan en la droga, vivir en paz, encontrar la salud física, etc.

Esto es lo que mueve a los inmigrantes y a los refugiados a pedir ser acogidos en otros países. Ellos no vienen a quitarnos nada, vienen en busca de algo mejor y a nosotros se nos presenta la oportunidad para abrir nuestro corazón a compartir y construir el reino de Dios.

¿Podemos poner fronteras en nuestro corazón? Podemos ser nosotros mismos los que impidamos que personas de otras culturas, de otros países, con otra manera de pensar, enfermas, entren en nuestro corazón. Pero así no las amamos de verdad, pues pensamos que son inferiores a nosotros, que nosotros somos mejores, que nosotros tenemos derechos que ellos no tienen por el mero hecho de ser “diferentes”.

Presentamos el testimonio de cómo la Iglesia acoge a estas personas. Podemos preguntar al párroco o buscar información de cómo la Iglesia no tiene fronteras y es madre de todos los

hombres. Puede ser el compromiso de la sesión de catequesis escuchar un testimonio, escribirlo, añadir alguna foto y hacer juntos un mural colgando estos testimonios en nuestra sala de catequesis, para que nos recuerden lo importante que es vivir siendo Iglesia viva, Iglesia que acoge, Iglesia que es madre.

Para orar

- Ambientamos la sala colocando un cartel de la Jornada y a ambos lados algo que simule una frontera, o sencillamente un cartel que contenga la palabra. En el centro, delante del cartel, el cirio pascual.
- Ponemos música de fondo que nos ayude a ir creando un ambiente orante, invitamos a guardar silencio y a contemplar la imagen.

La Iglesia no tiene fronteras si los miembros que formamos la Iglesia no tenemos fronteras en nuestro corazón.

Vamos a tomar la postura que toma la mujer del cartel, que representa a la Iglesia y a María.

- Ella parece tomar entre sus manos el mundo, cada continente con sus gentes, sin importarles los países, el color de la piel, la lengua de las personas...
- Yo voy a pensar en esos hermanos que viven cerca de mí, en clase, en el bloque, con los que me encuentro por la calle... Voy a imaginar que están delante para que yo los abrace, los acoja, les haga sitio en mi corazón, rompa fronteras, si es que las tengo. Y si fuese yo el que hubiera tenido que salir de mi país para buscar algo mejor, ¿cómo me gustaría ser tratado?

- Guardamos unos minutos de silencio.
- Leemos pausadamente el texto bíblico de **Mateo 25, 34-40**

Jesús nos llama a cada uno de nosotros «hermanos pequeños», y lo que nos hagamos unos a otros es como si se lo hiciéramos a él. Jesús desea que nos tratemos con amor, que nos ayudemos, que nos acojamos, que compartamos los bienes materiales y también los espirituales.

- Rezamos todos juntos:

— Jesús, frente al hermano que viene de África buscando una vida más digna.

R./ Concédeme un corazón sin fronteras.

— Jesús, frente a los hombres y mujeres que emigran desde países latinoamericanos buscando un futuro para sus familias.

R./ Concédeme un corazón sin fronteras.

— Jesús, ante las personas que buscan refugio porque sus países de origen están en guerra.

R./ Concédeme un corazón sin fronteras.

— Jesús, ante tantos seres humanos que sufren la marginación, el rechazo, el desprecio, porque son de otro país, lengua o cultura.

R./ Concédeme un corazón sin fronteras.

Padre de todos, haz que la Iglesia siempre muestre el rostro maternal que acoge, ayuda, alienta y sostiene. Y a mí, que aún soy pequeño, concédeme un corazón sin fronteras a imagen de tu Hijo Jesús. Amén.

(Hna. María Granados, delegada de la Comisión de Pastoral de la Catequesis de Cuenca)